

La luz de las tinieblas

Seis horas con Evgen Bavcar, el fotógrafo ciego



Manuel López

(París, 11-6-1991. Reportaje extraído del nº 103 de la revista Foto Profesional.)

–¿Qué ve usted?

De repente, al cabo de dos horas de conversación, tras el almuerzo, que sirvió para ir realizando recíprocamente aproximaciones, los papeles han cambiado. Ahora es el entrevistado quien pregunta. Acaba de pasarme la primera caja con copias de prueba, y he de ir leyéndole las fotos.

–Veo una mujer. Una mujer tranquila, hermosa, desnuda. La foto empieza a la izquierda con un negro intenso, y vuelve a diluirse a la derecha en tinieblas. La mujer me mira de frente, pero sólo con un ojo, el derecho; el izquierdo está misteriosamente agazapado en sombras. Su cuerpo está delicadamente abrasado de luz... Veo una, dos, tres..., cinco manos de hombre que palpan fugazmente su cuerpo, pero la que manda es su propia mano derecha, aposentada sobre su rodilla; el brazo izquierdo, alargado hasta el suelo y ligeramente inclinado, sirve de apoyo a la figura, y también a toda la composición de la imagen.

–Bien. Es usted un muy buen observador de fotos. ¿Y qué le sugiere?

Superado el «examen» preliminar de lectura, ahora llegó el momento de la verdad, el «examen para nota». «Voy a regalarle un título en castellano: «Mirada serena –le digo–. Pero inconclusa, –añado». Y es que no acierto a distinguir si la señora me mira, o acaso tiene la mirada un tanto perdida.

Y ahí es cuando Evgen Bavcar se dispara. Hace aflorar a borbotones su filosofía del ver y el mirar. Paradoja de paradojas, este lúcido intelectual nacido en Eslovenia y nacionalizado francés, de 45 años y que ha elegido la cámara fotográfica hace veinticinco años como herramienta de expresión personal, es ciego absoluto. «Soy una cámara

oscura detrás de una cámara fotográfica», le gusta decir, para rematar: «Soy el voyeur absoluto». No ve ni mira, pero siente la luz. La escucha y hasta la huele. La intuye. Incluso la palpa. De hecho, la primera foto que acabo de leerle la tituló «Visión táctil».

¿Ver con los dedos? Ni corto ni perezoso, desenfunda con exquisito cuidado su cámara, y me hace una demostración de su dominio de enfoque dentro del exiguo espacio de su apartamento parisino. Extiende su brazo izquierdo, me toca la cabeza con la mano, y ajusta la distancia a 70 cm mediante una muesca instalada en el objetivo de 28 mm. Retrocede un paso, y ya estoy a un metro; dos pasos, y la distancia es de metro y medio. «El autofoco me ayuda, pero sé valerme por mí mismo». La cámara siempre delante de la punta de la nariz, a la altura de los oídos. No ve nada desde sus tinieblas, pero nota no sólo si le estás mirando a las prótesis verdes que llenan sus vacías cuencas oculares, sino que intuye perfectamente cómo estás mirando: al vacío, a ti mismo acaso, como en un espejo, o de verdad le miras a él, Evgen Bavcar.



–Aquí veo a una chica joven, con un golpe de luz en la cara. Me mira fijamente, con los ojos llenos de vida. Y de bondad. Veo en ella solidaridad.

–Eso es: solidaridad, y no compasión. Es mi sobrina Carolina. Es encantadora. Ella me mira.

«El amor es ciego», recuerda Bavcar. Homero, Milton, Borges, fueron ciegos ... que nos siguen enseñando a ver. Este «teólogo de la luz» –«al fin y al cabo», comenta «quienes nos explican a Dios, no le han visto», decidió abrazar la fotografía un día que escuchó a Ray Charles cantar «Take these

chains of my heart, and let me see» (Arranca estas cadenas de mi corazón, y déjame ver) Esta solidaridad silenciosa entre los ciegos, marcaría de lleno su estrategia de consagrar su vida entera a vencer la adversidad. A ciegas, y con una cámara en la mano. En definitiva... la negación del fotógrafo.

–Háblеme de la solidaridad fotográfica que practica usted.

–Efectivamente, dependo de otros para hacer mis fotos. Necesito que me describan un paisaje, cualquier escena que tengo delante. Según cómo otros me cuentan lo que ven, así actúo. Cada foto que hago he de tenerla perfectamente ordenada en mi cabeza antes de disparar.

Una vez hecha, sigue dependiendo de otros, para que le cuenten lo que ven. Sus fotos son obras vivas, que no se acaban nunca, mientras haya un nuevo lector. Quizá por eso jamás las fecha. Son fotos intemporales en le sentido más valiente del término.

Hermosa solidaridad en una actividad, como es intrínsecamente la fotografía, sujeta al estigma de la visión individual, condicionante que Evgen Bavcar trastoca por completo, tornándolo transferible. La imagen «cliché» del ciego aplicado tocando virtuosamente el violín en las esquinas la transgrede Bavcar deliberadamente como la del provocador que profana la regla sagrada del individualismo a ultranza inherente al fotógrafo.



«Quiero decir con mis fotos que los ciegos pertenecemos al mundo», reivindica este fotógrafo «preso que mira otra luz al otro lado de la oscuridad». Ciegos nos vuelve a los videntes el amor, por ejemplo. « Cuando te acercas a una mujer, hay un punto a partir del cual ya no ves», razona este

fotógrafo empeñado en sonsacar luz de las tinieblas, convencido de que su victoria sobre la tragedia de la ceguera ha de batallarla y demostrarla, cada día. «Para ser considerado igual que los que ven, un ciego tiene que ser mucho mejor». Bavcar se propuso ingeniárselas para aprender a montar a caballo, e incluso conducir una moto, cosa que logró hacer, en primera marcha, y con una mujer de «paquete». Se siente examinado cada día, a cada instante. Vive en clave de demostración permanente.

¿No se encuentra un poco cansado de tanta demostración?

Educadamente, Bavcar se contiene por momentos en su respuesta. Pero acaba reventando: «Sí, la sociedad es cruel con los ciegos. Piense, por ejemplo en los supermercados. Todos los alimentos vienen ya envueltos en plástico; no los podemos tocar. Para afrontar desafíos, ahí están los ciegos. En mis tiempos de estudiante en Alemania pude trabar amistad con uno, decidido a convertirse en pastor evangélico, y que sacaba matrículas de honor. Me reconocía a distancia, simplemente por la forma de pisar el suelo y acercarme a él». Evgen me cuenta de un colega invidente que es capaz de disparar con una carabina, simplemente para contribuir a invalidar la teoría, injusta por interesada y también por inexacta, de la supuesta minusvalía de los invidentes. Evgen se muestra en todo momento convencido incluso de la doble ventaja de los ciegos, de ver en la luz y en la oscuridad. Como los ángeles.



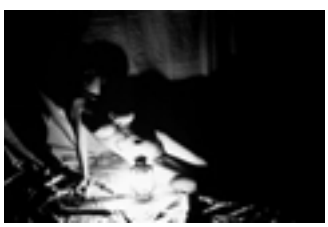
Evgen Bavcar ejerció como profesor de instituto en Eslovenia durante un curso, simplemente por demostrar que era capaz no sólo de ganar

unas oposiciones, sini también de desempeñar su trabajo. De nuevo, la inevitable demostración. Sobre un plano de Yugoslavia, me pide que busque Trieste, y desde allí me va encaminando por la geografía de su país. Impresionante. «Pues así daba clases», me explicaba. «Conque un alumno me localizase un punto de referencia, ya era suficiente».

El viento. Nada le subyuga más que el misterio de su sonido. Usa el símil evangélico del soplo del viento para llevar inteligentemente el agua al molino de los ciegos. «Nadie es capaz de explicarte de dónde viene, ni adónde va, ni como es –razona– pero su evidencia es innegable». Y me cuenta cómo se lo pasa en grande las tardes ventosas de invierno en París. Sale a la calle, como un niño con zapatos nuevos, a sentir el viento. «La peluquería de los árboles», sintetiza en un alarde de lucidez.

Las modelos que fotografía deben sentirse las mujeres más desnudas del mundo. Posar para un fotógrafo ciego, sin sentirse observadas, representa una total profanación de las reglas de juego. La teoría de Bavcar es demoledora: puedes no ver con los ojos, pero te quedan el oír, el sentir, el palpar... Evgen demuestra que existe otra complicidad estética, más allá de la visual.

Acaba de pasar por Almería, como invitado de honor de «Imagina», el nuevo y pujante foro internacional que dirige Manuel Falces. Me deja elegir libremente las fotos que quiera de las que hizo en Almería. Pero no así las de Granada, cuya publicación tiene comprometida. ¿Un fotógrafo ciego en granada? Vivir para ver.



Vive con extrema austeridad en París. Le pregunto cómo se las arregla, y me deja entrever sus estrecheces, pero enseguida desemboca en el relato de sus proyectos. Acaba de conseguir una

beca del ministerio francés de Cultura para realizar un trabajo en Venecia «Las miradas de Casanova». Tiene otros proyectos en la cartera, pero ninguno que le seduzca más como volver a Granada. Quiere explorar el pasado de esa ciudad, escondido en la noche de los tiempos. Sólo le falta una ayuda económica.

Las pasadas Navidades se dirigió por escrito a las principales firmas de la industria fotográfica solicitando colaboración, pero tan sólo recibió contestación de una, Ilford, y en forma a todas luces simbólica: el obsequio de cinco carretes.

Hace algún tiempo, hizo publicar este anuncio en París Match: «Fotógrafo ciego busca modelos». No recibió ninguna respuesta. Me pide que comente en este reportaje su deseo de conseguir modelos españolas que posen para él en Granada. No tiene un duro para pagar. Pero hace obras de arte. Un arte ciertamente contracorriente, incluso demoledor, si se quiere.

Evgen Bavcar, ya se ha dicho, no posee el –para quienes lo tenemos– bendito don de mirar. La rama de un árbol, primero, y después un mortífero juguete que se encontró en el campo –una mina de los tiempos de guerra, sin estallar– le privaron para siempre de la vista de ambos ojos. Pero su cámara es capaz de ver por él. Al cabo de seis horas de conversación creo que puedo decir que la cámara de Evgen Bavcar también ve un poco por todos nosotros, pues lo que, sin necesidad de decirlo, pretende, es enseñarnos a ver a los que, teniendo ojos y cuatro sentidos mas para ver, la mayoría de las veces estamos miopes. Y miopes de cuidado.

Lo que se muestra
es un aspecto de lo invisible

Anaxágoras